

CLAUDIO MAMERTINO**DISCURSO DE AGRADECIMIENTO AL EMPERADOR
JULIANO,****CON MOTIVO DE SU ELEVACIÓN AL CONSULADO****Constantinopla,****1 de Enero de 362****I**

Pese a que soy consciente de que vos, Emperador, y todos aquellos que participan en vuestro consejo, debéis estar sorprendidos de verme aquí finalmente embarcándome en mi discurso de agradecimiento, puesto que de hecho vuestra amabilidad hacia mí comenzó con este consulado, de cualquier modo, debo admitir que, consciente de una falta de talento de la que me duelo, preferiría incluso ahora el permanecer silencioso y confinar el desbordante gozo de mi interior causado por este nombramiento a una placentera y privada apreciación. 2 Pero ya que mi deficiencia o mi buen juicio ha logrado para mí favores tales como los que vos habéis acumulado y prodigado enteramente sobre mi persona, y puesto que me veo reducido a la inevitable necesidad de obtener una reputación ya sea por mi falta de elocuencia o por mi gratitud, he preferido ser acusado de no tener la primera más que se me encuentre desagradecido respecto a vos o hacia mi sentido del deber. 3 Y para decir la verdad, a mis ojos esos honores de los

que previamente me habéis recubierto antes de éste actual, ofrecían menos incentivos respecto a dar las gracias. 4 Pues cuando me confiasteis la administración del tesoro público, cuando en la búsqueda de un hombre inasequible a la corrupción, no agitado por enemistades, resuelto frente a la envidia, fui yo mismo el elegido por vos como garante de estos tres requerimientos, ya que en un tiempo en el que las provincias, expoliadas en parte por las depredaciones de los bárbaros, en parte por las ruinosas y no menos que vergonzosas extorsiones de sus gobernantes, ellas mismas imploraban auxilio del emperador, en un tiempo en el que las tropas, a menudo engañadas en el pasado, estaban demandando pagamiento inmediato en efectivo, estos tres factores me hicieron inclinarme a sobrellevar la carga contra el honor. 5 De nuevo, cuando me nombrasteis Prefecto del Pretorio y confiasteis a mi lealtad y vigilancia aquellas provincias más deseosas de reconocimiento por parte de vuestras manos, disteis, de hecho, un claro testimonio de vuestro juicio favorable: pero al hacer semejante cosa estabais favoreciendo claramente no sólo a mí, a quien investisteis con tal autoridad, sino también vuestros propios intereses en alguna medida.

II

Pero cuando, por otra parte, me designasteis cónsul, sin beneficio a vuestra propia causa, tuvisteis en mente solo la gloria que dicho oficio reflejaría para mí. 2 Porque en las cuestiones administrativas el duro trabajo y el honor van de la mano, pero en el consulado el honor es conferido de manera fácil. Pero congratularse uno mismo al verse ofrecido dicho cargo parecería la marca de una arrogante ambición; no dar gracias de manera manifiesta y pública al ser premiado con el cargo sería la obra de un ingrato. 3 Más aún, esta ciudad, cuyo nombre es nuevo pero que posee una

dignidad harto remota, es vuestra patria: aquí visteis la luz del día, aquí, como una estrella nacida para traer bendiciones a la especie humana, vos nacisteis. 4 Estos ciudadanos, vuestros compatriotas, no me permitirían permanecer silencioso ni tampoco permitirán, en éste el día más auspicioso, alguien que asuma el honor de hablar ante vos y sobre vos, algún otro que no sea aquél que está revestido del más alto oficio magisterial. 5 Ellos consideran que el título de cónsul añade un lustre al esplendor de las demás bonanzas vertidas sobre vos; y piensan adecuadamente, ya que el alto grado del elogiador aumenta la grandeza del elogio. Y bien, todopoderoso Emperador, ya que debo en verdad tributar mis agradecimientos hacia vos, por decreto popular y en nombre de todos, de cualquier modo omitiré, en su mayor parte, vuestros grandes y variados logros conseguidos tanto en vuestro hogar como fuera por el bien del Estado, de manera que pueda arribar lo más pronto posible a la sección de mi discurso que puede ser propiamente descrita como personal.

III

¿Debería yo evocar, como si fuesen sucesos nuevos y jamás antes escuchados, la reconquista, por medio de vuestro valor, de las provincias Gálicas, la subyugación de la raza bárbara entera, cuando estos triunfos han sido, en esta parte del Imperio Romano, saludados como merecedores de la más alta gloria por la voz laudatoria de las aclamaciones populares, hasta el extremo de ser dignos de la envidia de vuestro primo el Emperador? ¿Pues qué otra cosa alienó la buena voluntad de vuestro asociado en el gobierno si no fue la brillantez de vuestro renombre? 2 Pongo yo por testigo al dios inmortal, pongo por testigo a mi propia conciencia, tan sagrada para mí como la propia divinidad, para que atestigüen que yo habría hablado

asimismo con firmeza, y en esta ciudad más que en ningún otro lugar, en lo concerniente a todo lo que ha sido cruel y deslealmente planeado y llevado a cabo contra el mejor de los emperadores, si se diese el caso de que el divino Constancio estuviese presente aún entre nosotros, disfrutando de la sociedad de los hombres. 3 Ciertamente yo nunca debería haber eludido el deber que recae sobre un ciudadano libre y un honesto senador de refutar esas calumnias y de probar que las causas directas de su odio por vos deberían haber despertado en su lugar un aumento de su afecto para con vos y garantizado vuestra lealtad hacia él.

IV

Las más antiguas y una vez florecientes ciudades estaban en manos de los bárbaros. La renombrada aristocracia de las Galias había perecido por la espada o bien se encontraba reducida a la esclavitud en las manos de amos crueles. 2 Más aún, otras ciudades preservadas por su posición remota de las devastaciones de los bárbaros, estaban a merced de bandidos sin escrúpulos con el nombre de gobernadores provinciales. Hombres libres eran sometidos a torturas inmerecidas; nadie estaba a salvo de la injusticia, nadie seguro de no ser asaltado, a no ser que la crueldad del agresor pudiese ser mitigada con un precio. De tal modo que en estos lugares incluso el señorío de los bárbaros hubiese sido preferible, y los pobres desgraciados así tratados miraban con envidia al grupo de los prisioneros [existentes en poder enemigo]. 3 Este era el estado en el que el emperador encontró las Galias, aunque sin embargo por causa del enemigo externo no halló ni la menor dificultad ni el menor peligro: en un solo encuentro toda la Germania fue destruida, derrotada en una única batalla. El cambiar los hábitos, por el contrario, y el reestablecimiento del dominio de la ley probaron ser una dura empresa, y lo que es más notorio, un logro

conseguido no sin peligro. 4 Pues los peores malvados eran también los más hostiles a la autoridad del César, y en busca de eludir el rendir cuentas con la ley encontraron la solución en cometer nuevos crímenes; ya que no pudieron justificar todas las lamentables acciones que habían cometido, concentraron todo su odio en el vengador de la ley. 5 Y puesto que el comportamiento y los principios de un príncipe virtuoso no dejan oportunidad a censura inventada, ellos, tan diestros en causar daño, llevaron a cabo su salvaje campaña de acusación bajo disfraz laudatorio; repitiendo en cada asamblea con la misma apariencia benévola “Juliano conquistó a los alamanes, Juliano erigió las ciudades de la Galia desde el polvo y las cenizas en que se habían convertido. 6 Aquellas provincias que se hallaban conquistadas, ocupadas, que yacían arrasadas por el fuego y la espada son ahora más prósperas que nuestras ciudades que jamás han conocido invasión enemiga y que están en manos de Constancio. Juliano pasó todos sus veranos en campaña, sus inviernos en la administración. 7 De este modo dividió el año en dos partes: en una de ellas dominaba a los bárbaros, en la otra, restauraba el mandato de la ley para los ciudadanos, puesto que ha declarado una guerra continua, a la vez contra el enemigo y la corrupción”.

V

Estas palabras fueron más exitosas a la hora de crear odio que toda calumnia. Puesto que si hubiesen intentado acusar de alguna desgracia imaginaria, ellos hubieran sido fácilmente frustrados por la magnificencia de vuestra gloria y reputación. Más de esta otra manera ellos insinuaron un tipo de acusación que nadie era capaz de negar. 2 ¿Pero qué, yo os pregunto, en vuestra opinión, debería nuestro príncipe haber hecho? ¿Debería haber entregado ciudades romanas al enemigo, por miedo a

ofender el orgullo de su hermano? Aquellas provincias tan llenas de fe y tan valiosas para el Estado, ¿debería haber permitido que fuesen devastadas y destrozadas frente a sus propios ojos por miedo a que el Augusto recibiese algunas noticias que pudieran molestarle? ¿Era acaso su deber no solamente dar rienda suelta a las venalidades de los gobernadores sino además exhortarlos y apresurarlos a realizarlas, por miedo a que alguna diferencia de principios pudiese causar fricciones entre los príncipes? 3 Se nos cuenta que un cierto noble de Etruria, que por la incomparable apariencia de su físico llevó a numerosas mujeres a enamorarse de él, cortó su propia cara para eliminar su belleza con cicatrices. Fue fácil para este joven varón, que tenía la pureza del alma en mayor estima que la belleza del cuerpo, arruinar la blancura de su piel y desfigurar el encanto de su semblante con profundos y penetrantes cortes. 4 ¿Debemos entonces argumentar nosotros que Juliano debió usar la misma estrategia para evitar la devoción de sus compatriotas? No podría haber conseguido nada parecido, a no ser que quizá consideremos que la primordial belleza de la virtud es el padecer heridas. ¡Hubiese podido, supongo, haber oscurecido la blanca pureza de su justicia, podría haber quitado la púrpura de una virtuosa modestia y desproveerla de su templanza, podría haber estropeado con manchas no merecidas la fachada de su coraje y extinguir de sus ojos su prudencia! 5 Entonces otra vez, incluso si este joven no hubiese alzado una despiadada mano contra su propio rostro, el paso mismo del tiempo, habría, tan sólo después de un breve retraso, puesto fin a todo este florecimiento de la carne. Pero para las virtudes de nuestro príncipe, a medida que avanza en años, así éstas se revelan a sí mismas como las más descollantes en excelencia.

VI

Dejo a un lado el mundo bárbaro, unido en armas, alzado en su totalidad contra el defensor de la libertad Romana, el pueblo recientemente conquistado y removiéndose irascible bajo el yugo nuevamente impuesto, incitado a un nuevo clímax de furia por una agotación criminal. Todos estos problemas, sin embargo, finalmente terminaron con la resuelta e inflexible paciencia del más grande de los príncipes. 2 De tal modo que, una vez que hubo sometido a los rebeldes alamanes, sorprendidos a mitad de los preparativos bélicos, este príncipe nuestro, que en un tiempo nimio atravesó, a la cabeza de un ejército victorioso, regiones, montañas y ríos de nombre desconocido, pasando a través de reinos en los confines de la tierra habitados por tribus salvajes, volando sobre las cabezas de los gobernantes y espoleándolos bajo sus pies, apareció de manera súbita e inesperada en el mismísimo corazón de Iliria. 3 Todos aquellos de nosotros que fuimos lo suficientemente afortunados para acompañar al príncipe en la expedición fuimos testigos de cómo los atónitos habitantes de las ciudades eran incapaces de dar crédito a lo que veían sus ojos. 4 No pudieron sentir una mayor consternación, imagino, aquellos hombres que por primera vez recibieron el Paladio cuando cayó del cielo. Doncellas, jóvenes, mujeres, viejas temblorosas, tambaleantes ancianos, todos miraban llenos de estupefacción y asustados mientras el emperador, ataviado con armadura pesada, quemaba sin cesar las millas de su largo viaje, su aliento oscilante por la premura pero sin mostrar cansancio, ríos de sudor deslizándose por su fuerte cuello, y pese al manto de polvo que cubría su pelo y barba, sus ojos lucían brillantes y refulgentes como estrellas. 5 La grandeza y maravilla de todo ello ahogaban los gritos de alegría en la concurrencia. De todas formas el hecho de aplaudir quedaba escaso, dada la magnitud de la aclamación que de parte de los espectadores era merecida.

VII

La prisa en sí fue suficiente para resolver los problemas del momento, pero no bastó a nuestro príncipe para considerar el bienestar público desde un solo punto de vista. Muchos problemas a la vez asaltan a un corazón que no descansa en sus tareas. Y como él podía de una única y misma vez, asegurar la estabilidad de las provincias más fieles e intimidar a todo el mundo bárbaro al llevar el terror más cerca de sus hogares, decidió viajar Danubio abajo por la ruta más larga. 2 ¡Por la santa divinidad! ¡Qué ceremonioso progreso aquél! El banco derecho de ese famoso río estaba en su totalidad repleto con una línea continua de moradores de las orillas, gentes de ambos sexos, de toda condición, armados y desarmados, ¡mientras que en el banco izquierdo podíamos ver las hordas bárbaras cayendo de rodillas y suplicando miserablemente! 3 Todas las ciudades que se yerguen dentro de un radio de fácil acceso al Danubio fueron visitadas, en todas ellas sus resoluciones escuchadas, su situación aliviada y sus fortunas restablecidas; se concedió el perdón a innumerables bárbaros y se les dio la bendición de la paz. Cualquiera que pudiese contemplar la rapidez de su paso asumiría que el emperador no hubiese podido conseguir nada durante la duración de dicho viaje: cualquiera juzgaría que la multitud de sólidos logros no podría ser digna de crédito dada la velocidad de su consecución.

VIII

¡Oh Grecia famosa y renombrada por tu elocuencia! Solamente tú has conseguido exaltar hasta los límites de la credibilidad las hazañas de todos tus príncipes, sólo tú has igualado en fluidez de discurso la gloria de sus

éxitos. 2 Fuiste tú quien, por el robo de un vellocino de oro y el rapto de una doncella, fletaste una cierta nave y la consagraste entre las estrellas. Tú fuiste la que diste a conocer cómo ese joven, inventor de la siembra, llevado en un carro tirado por dragones alados, esparció semillas a lo largo de todo el país. 3 Si tú, Grecia, fueses a comenzar el recuento de hechos y celebrar la carrera de nuestro príncipe, ¿qué relato harías de los rápidos barcos patrulleros de Juliano, de un solo mástil, y de sus ligeros buques de dos palos, puesto que no sólo no saquearon nada ni a una sola persona robaron, ni devastaron un solo pueblo de los que les dieron hospitalidad, sino que, extendieron, lo que es más, a todas las gentes, exenciones, privilegios y regalos de dinero con largueza? 4 ¿Con qué majestad describirías la flota deslizándose por el más poderoso de los ríos, propulsada tanto por los vientos como por los remos, y nuestro príncipe presidiendo la expedición sobre la popa, no dispersando grano aquí y allá por los campos, sino distribuyendo entre las ciudades romanas gran optimismo, libertad y riqueza, mientras que a la vez llevaba a las tierras bárbaras el miedo de la guerra, la confusión, el pánico y el terror?

IX

¡Y qué maravilla era percibir, que mientras estabais navegando por el Danubio estabais, al mismo tiempo extendiendo vuestra munificencia tan lejos como hasta el Adriático, como hasta el mar Tirreno, como hasta el mar egipcio, incluso! Pues exactamente al mismo tiempo en el que los Dálmatas estaban siendo aliviados de su opresiva tasación, pagada como un tributo de caballos, los Epirotas, reducidos a la miseria por la carga de una leva intolerable, no solamente encontraban el peso de su pobreza aligerado por vuestra providencia, Emperador, sino que estaban, más aún, siendo reestablecidos en el camino a una vida de verdadera riqueza y opulencia. 2

La ciudad de Nicópolis, que el divino Augusto había erigido a modo de trofeo, como un monumento de la victoria de Actium, había caído casi totalmente en lúgubres ruinas por medio del colapso. Las mansiones de la nobleza estaban resquebrajándose, los tejados de los edificios públicos habían caído, y hasta los acueductos habían sido destruidos hacía mucho tiempo y la ciudad estaba llena de suciedad y polvo. ³ Los juegos públicos, que solían ser celebrados cada cinco años, habían sido suspendidos en esta triste época de hundimiento y decline de la vida pública. La misma Atenas, señora y creadora de las artes liberales, había perdido toda la elocuencia y la elegancia de su estilo de vida tanto público como privado. ⁴ Eleusis no era nada más que un lastimoso montón de escombros. Pero llevaría demasiado enumerar todas las ciudades devueltas a la vida con la intervención del Emperador: es suficiente con dejar constancia de que todas las ciudades de Macedonia, Iliria y el Peloponeso, gracias a una carta o dos de nuestro todopoderoso emperador, disfrutaron de un súbito resurgir de su juventud, con murallas nuevamente reconstruidas, con aguas fluyendo otra vez por doquier en abundancia, irrigando, anegando y saturando esos lugares todos que antes no eran más que áridos y jadeantes secanos, con plazas públicas, paseos, gimnasios, repletos de gente feliz y animosa, con todas las fiestas de los días antiguos celebrándose, así como otras nuevas dedicadas en honor del príncipe.

X

Si algún mortal, llevado sobre una nube hasta un punto celestial y ventajoso, hubiese sido capaz, muy poco tiempo atrás, de mirar hacia abajo sobre toda la vasta área de desolación, las ciudades medio demolidas, las murallas abandonadas, la deserción de los habitantes, la masa de exiliados, y ahora ese mismo mortal pudiese ganar de nuevo esta misma panorámica

aérea y reconocer desde lo alto el regocijo impregnando toda la región, la tierra sembrada, las ciudades llenas de habitantes, el agua fluyendo a través de los pueblos, la magnificencia desplegada no tan sólo por las casas privadas sino más bien por los nuevamente erigidos edificios públicos, los campos prolíficos en cosechas abundantes, apropiadas para el terreno, las vendimias sobrepasando incluso lo suplicado en las oraciones de los campesinos, las escarpadas colinas, los profundos valles y las anchas llanuras resonando por los gritos de los animales domésticos, retumbando por su balido, indudablemente este mortal, observando desde lo alto, hubiese quedado asombrado por la manera en que, en tan corto tiempo, la tendencia de la vida enteramente había cambiado; a buen seguro saltaría desde las nubes para llegar a tierra y deseosamente renuncia a las regiones celestes aquéllas para poder disfrutar, Emperador, los frutos de vuestro país. 2 ¡Qué maravilla el que nadie, enfrentado con este gran trabajo de mejora, sintiese la carga de coste alguno, pues este dinero fue encontrado por el emperador para pagar por todo ello, y esto, debido a una inversión del orden normal de las cosas, pues una especie de tributo fue entregado a las provincias de modo que las arcas que previamente recolectaban riqueza, llevándose una parte hasta de cada pequeña moneda, ahora dispensaban dinero para todos y para todo! Lo que despierta más la curiosidad, Emperador, es cómo conseguisteis los fondos para derramar esta largueza tan generosamente. 3 Pero aquél que tenga experiencia con vuestros principios y filosofía de vida, descubrirá fácilmente el origen de vuestra generosidad. Es vuestra austeridad, Augusto, la que provee de esta gran fuente de ingresos. Pues todo lo que otros usaron para despilfarrar en sus propios placeres personales es ahora reservado enteramente para beneficio de la comunidad.

XI

Hasta este punto alguien hubiese podido asumir que la única recompensa del poder era que el emperador podía ser distinguido de todos los otros ciudadanos no por el esplendor de su gloria, sino por la enormidad de sus gastos. 2 Por ejemplo, sin tener en cuenta el colosal e innecesario trabajo de construcción relativo a configurar su acomodo, el gasto de mantener la inmensa corte y todos sus parásitos fácilmente excedía el coste de mantener las legiones. 3 Más aún, el Estado estaba muy al corriente de la elaboración de sus comidas y cenas, puesto que sus exquisitos y elitistas manjares se valoraban no tanto por el sabor como por su extravagancia, ¡aves inusuales, pescado de océanos lejanos, fruta fuera de temporada, nieve en verano y rosas en invierno! Todos estos excesos el alma del emperador rechazó, victorioso sobre tales gratificaciones sensuales. 4 Igualmente, no tiene necesidad alguna de adquirir pinturas, adornos de mármol, techos revestidos de madera decorados con oro macizo, él que estaba acostumbrado, durante la mayor parte del año, a dormir simplemente sobre suelo terroso, con el cielo como todo refugio; tampoco él encontraba ningún uso para una muchedumbre de contratistas preparados para atender sus placeres, él que necesitaba tan poco; asimismo no tenía tiempo para banquetes, él que, la mayor parte de las veces, tomaba su alimento de pie y aun así sólo en la cantidad necesaria para mantener la vida, contentándose con las raciones de un soldado raso, servido a mano por el asistencia y acompañando el rancho con un trago de cualquier bebida, la que estuviese más prontamente disponible.

XII

Pero entre estas virtudes apenas puedo elogiar lo suficiente que un hombre tan estricto y frugal consigo mismo fuese tan generoso y afable hacia su pueblo, reservando los menesteres más dificultosos para él con el propósito de que nosotros podamos disfrutar una pacífica existencia, porque la experiencia nos hace observar que los hombres que viven su vida de manera austera y disciplinada son a la vez embarazosos en el trato y taciturnos con los demás: faltos de ese gozo espontáneo con ellos mismos, son aún más tristes hacia otros, haciendo la vida doméstica dolorosa y problemática. 2 Pero nuestro más reverenciado emperador se toma innumerables molestias para que nosotros tengamos hogares adecuados, para que disfrutemos de abundancia de bienes, para que llevemos vidas virtuosas, ciertamente, pero también alegres; mientras que otros príncipes eran reducidos por duros trabajos a una amarga porfía o por la inactividad a una indulgencia descuidada. Se sabe que éstos emperadores de disposición seria nunca fueron agradables, y aquéllos otros que eran más afables raramente eran laboriosos. Tampoco ninguno de aquellos príncipes que era duro consigo se comportaba de manera suficientemente tolerante hacia los otros, desanimando así al resto del pueblo a seguir su ejemplo. 3 Nuestro emperador, sin embargo, que no tiene clemencia consigo mismo, cargado por sus pesares y trabajo, nos procura a todos nosotros nuestro ocio con su labor; siempre liberal con su largueza, siempre ávido de proporcionarnos cuidados, prefiriendo asumir el peso de los más agotadores juicios, más que dejar la carga a otros.

XIII

Después de la expulsión de los reyes, muchos y muy ambiciosos hombres soñaron con ejercer el poder de manera solitaria y única en la república. Muchos son los nombres registrados de aquellos que al menos, llevados por una furia demente a desafiar a su propio estado, sufrieron un terrible castigo por sus aspiraciones a la monarquía. 2 Pasaré por alto a todos aquellos que en tiempos antiguos eran lanzados de cabeza desde la roca [Tarpeya], cuyas propiedades eran confiscadas, cuyas casas eran arrasadas, y cuyos nombres eran proscritos para la posteridad: Pues nuestra era también ha visto a no pocos hombres locos poseídos por la misma desviación demencial, impulsados a precipitarse hacia sus muertes por una ciega lujuria por el poder. 3 Suponed que uno de los dioses fuese a devolverles brevemente a la vida y se dirigiese a ellos como sigue: “Tú por ejemplo, Nepociano, y Silvano, vosotros buscasteis el poder, incluso a riesgo de espadas desenvainadas y la siempre presente amenaza de muerte. Hoy el trono os es ofrecido espontáneamente con la condición de que gobernéis con el mismo espíritu que Juliano; deberéis permanecer alerta día y noche por la paz de todos y, a pesar de vuestro título de Señor, deberéis trabajar para servir la libertad del ciudadano, deberéis ir a la guerra más que a la mesa, deberéis permanecer sin deudas con nadie y preparados, más aún, empleándoos con largueza para con todos; no deberéis garantizar privilegios a nadie, usar la violencia en ningún caso, en todos los países de la tierra no dañar la reputación de ninguna dama, pues vuestra cama ha de estar libre incluso de los placeres permitidos y legítimos, siendo más castos que el lecho de las Vestales; con la cabeza descubierta os deberéis endurecer en verano soportando el polvo de los Alamanes, en invierno las

escarchas de Tracia”. Ciertamente sus delicadas orejas no serían capaces de sostener el impacto de tales palabras: aterrorizados por ese modo de vida, le tomarían un gran desagrado no sólo a la púrpura sino a la vida misma; ¡y se apresurarían a retirarse, huyendo a alguna región más remota e inferior incluso que el mismo Báratro! Pues se darían cuenta finalmente de que un verdadero príncipe está, por su oficio, a la merced del trabajo continuo, responsabilidad y vigilancia, mientras que ellos ven sólo el rostro afable y atractivo del poder, y no las dificultades de la tarea.

XIV

Una vez que, después de estas altas preocupaciones, Juliano había conseguido su objetivo de llegar a las fronteras de Tracia, tras gestionar rápidamente el aprovisionamiento de su ejército, volvió su atención a la ciudad de Roma, la cual estaba sufriendo por una escasez de comida. 2 Cualquiera otro hubiese sido disuadido de tratar de remediarla por la extremadamente seria hambruna y los formidables peligros a los que hacía frente el Estado. Pero mediante el uso de los tributos de las provincias y las rentas de su propio patrimonio, compró grano allá donde estuvo disponible y lo dirigió en abundancia y superabundancia a la hasta ahora hambrienta ciudad. Alguien podría preguntar “¿Cómo lo consiguió tan rápido?” y preguntaría con razón. 3 Pero nuestro emperador aumenta las horas de trabajo privándose a sí mismo de ocio. No tiene pensamiento para el sueño, para la mesa, para la relajación; él se niega incluso el utilizar satisfacciones naturales y necesarias: todo devenga en pos del interés público. 4 Por esta razón su reinado será considerado ya como de larga duración por aquellos que sopesan los tiempos de Juliano no de acuerdo con el número de días y meses, sino por la multitud de logros y la medida de las tareas cumplimentadas. 5 Mientras él estaba preocupado por la provisión de

comida para el pueblo romano y el avituallamiento nuevo del ejército, mientras se encontraba en medio de todo el bullicio acerca de procurarse suministros, llegaron noticias de que una flota de barcos cargados con trigo Africano había tocado la costa más allá de las orillas de Acaya y se estaba dirigiendo a Constantinopla. Profundamente irritados, y furiosos con aquellos cuya misión era tener vigilada la costa, marchamos todos juntos en busca del Emperador: Todos rivalizamos entre nosotros en quejarnos de que gracias a la inopia de los gobernadores ese enorme cargamento de grano se había perdido. 6 Pero nuestro gran emperador replicó con una sonrisa serena que él no había sido descuidado y que nada de lo que se llevase a esa ciudad estaba perdido para él. Atribuimos estas palabras a su buen conocido amor por su patria, cuando la ambigüedad de sus comentarios disfrazaban su proyección de eventos futuros: pues incluso en ese momento su espíritu, confiado en la inspiración divina, estaba previendo la realidad del éxito que esperaba en el porvenir.

XV

Una vez que él, en el espacio de unos pocos breves días, restauró el Estado a una nueva etapa de prosperidad, tornó entonces el emperador su augustamente a las alturas de los oficios y distinciones de la magistratura. 2 La cuestión acerca de a quién debería nombrar cónsul comenzó a ser discutida, dentro de la cámara controvertida de su divino pecho. Cuál era el hilo del razonamiento, él mismo lo sabe y la divinidad, allá donde esté, la cual se complace en dar forma a sus decisiones. De entre todos los ciudadanos del Imperio Romano yo fui elegido primero, a la vez que la selección de un colega cubierto de gloria militar aumentó la valía de mi honor. 3 Mis gracias para vos, Emperador, mis gracias efusivas, si me habéis juzgado digno, e incluso más gracias, Emperador, si me tenéis en un aprecio tal

como para nombrarme cónsul sin merecerlo. 4 No ignoro que es corriente en cuanto a los honores más altos ser entregados a los indignos de ellos en detrimento de los candidatos más idóneos, pero no tengo temores por miedo a que los rencorosos afirmen que ése es el caso de mi consulado. Si alguna persona maliciosa insinuase algo así, las circunstancias mismas la refutarían: sería suficiente señalar opuestamente que ya en este tiempo Roma era obediente hacia nuestro príncipe. 5 ¿Debería añadir que fue en un tiempo cuando yo no albergaba esperanzas de mayores ascensos (pues la modestia de mis ambiciones no me empujaba más allá de la prefectura del pretorio), que todo el trámite de mi elección como cónsul se gestionó sin gasto alguno por mi parte, una concesión que ha sido por mucho tiempo raramente otorgada, y también sin yo realizar esfuerzo alguno, cosa desconocida hasta ahora, y sin intrigas, las cuales nadie puede evitar?

XVI

¿Quién no es consciente de que, en aquél tiempo también, cuando el pueblo Romano entregaba los honores por medio del voto, hubo mucho entrometimiento e importunar por parte de los candidatos? El nombre de todos ellos tuvo que ser memorizado, los votantes tuvieron que ser asignados a tribus e incluso censados individualmente, las manos de los transeúntes estrechadas, todos debían ser regalados con una sonrisa, una ficción de familiaridad tenía que ser presentada no sólo al más humilde sino también al completamente desconocido y una multitud de otras cosas habían de ser hechas del mismo modo por la consecución del oficio, el cual bajo diferentes circunstancias podría juzgarse indigno de un hombre de honor. 2 De aquí es de donde deriva la famosa chanza de Craso. En el tiempo en el que estaba luchando por el consulado, y mientras se encontraba por casualidad caminando por las calles de la ciudad con su

suegro Escévola, no se atrevió, en presencia de un hombre tan grave y serio, de adular a la plebe, engatusarles y emplear las otras artes habituales de un candidato. “Te ruego, Mucio”, dijo [Craso], “déjame solo por un rato, y no creas que me honras con tu compañía: estás poniendo en peligro mi elección; mientras tú miras, no puedo lograr comportarme tan absurdamente como es necesario”. 3 Al contrario, yo mismo no me he ganado ningún favor por adulación indecorosa, no he cometido actos disparatados, no he hecho nada de lo que Mucio pudiese haberse sentido ofendido si lo hubiese visto. 4 No solamente nunca he pedido nada de mis compatriotas, sino incluso a vos, Emperador, a quien es más propicio y correcto elevar suplicaciones, a quien las oraciones se ofrecen con la mayor dignidad, nunca he dedicado ni una sola palabra. Es en vuestra propia libre voluntad en la que habéis depositado sobre mi familia este divino favor.

XVII

Todavía tengo que haceros una confesión, El Más Grande de los Emperadores, y verdaderamente trato de revelar, libre de miedo, todos los más profundos secretos de mi alma. Nunca he anhelado ostentar responsabilidad alguna sobre la vida o muerte de los ciudadanos así como tampoco he deseado el gobierno de provincias, aunque, puesto que soy consciente de que también debo rendir servicio al estado en lo mejor de mis habilidades, cualesquiera veces que he sido convocado para ocupar un puesto administrativo nunca he rechazado tal llamamiento, para que no pudiese incurrir en la acusación de pereza. 2 Nunca he solicitado servicios públicos ni los he declinado por timidez o apatía, pero desde mis años más tiernos, pasando por la juventud del hombre hasta mi vejez actual, he sido siempre consumido por el deseo de obtener el consulado. 3 Pero debo dar un segundo paso en el sendero de mi confesión pública. Cuando el estado

estaba bajo el control de otros príncipes, por mucho tiempo yo alimenté este deseo mío en vano, sin ni siquiera el consuelo de la esperanza. ¿De dónde me llegó la demente estupidez de aspirar a dicho título, empobrecido como estaba e inocente en lo referente a intrigas? No obstante, cuando fuisteis primeramente César avivasteis con un aliento de gran esperanza la antigua llama desfalleciente de mi ambición. Pues, realmente, cuando reconocí en vos un juez de probidad y virtud digno de toda admiración, me dije a mí mismo: “Claudio Mamertino, tu vida tan dilatada no ha sido en vano. Has encontrado a un juez más que capaz para sopesar tu lealtad y tu trabajo. Ten presente que tus asuntos han alcanzado un decisivo punto de viraje. Si el presente emperador decide no elevarte al consulado, sabrás entonces que no te lo mereces”.

XVIII

Ésta es entonces, Augusto, la explicación de mi silencio, éste es el secreto que he conservado oculto tanto tiempo. Mas no lo he revelado enteramente ni incluso ahora. Pero ya no deseo acarrear tras estos momentos ningún vestigio de verdad escondida: Planeo descargar mi pecho de todos sus misterios más profundos. 2 Si vosotros hubieseis ordenado un alto en vuestro patronazgo y si hubieseis, en contra de vuestra costumbre, introducido un rasgo de artificialidad en vuestra generosidad hacia mí, hubiese quizás preguntado. 3 ¿Imagináis entonces, emperador, que es un favor en verdad pequeño, el haberme librado de los peligros inherentes a tal petición? Sí, peligros, repito, Venerado Emperador. ¿Si hubieseis dudado sobre mi nombramiento, si lo hubieseis pospuesto para más tarde, qué me hubiese sucedido a mí después de un rechazo tal? 4 Verdaderamente es en la búsqueda de pequeños favores y no en recibirlos cuando la amistad se disipa. Pues este cariño, que es el lazo de la amistad, es destruido por

ambas partes. Uno de ellos asume que ya no es amado más puesto que se ha negado a cumplir, y el otro decide que debe ser odiado pues se le ha negado lo pedido. Para decir la verdad, no debería sentir que he sido nombrado cónsul sin un motivo ulterior, si hubiese conseguido el honor por mis propias súplicas. ¡Un lastimoso y extenuante negocio debería haber afrontado, a mi avanzada edad, enrolándome como un nuevo recluta en las filas de los practicantes del arte de solicitar favores! 6 Pues en mi opinión no es más censurable repartir parcamente dinero que hacerlo con discursos. Considerad tan sólo, como juzgamos a todos aquellos en el mercado, radiantes por ganancias, confidentes de los reembolsos, invirtiendo oro y plata orgullosa y atrevidamente, mientras que aquellos que ofrecen oraciones de súplica aparecen humildes y sumisos, capaces a duras penas de pronunciar unas pocas palabras vacilantes y entrecortadas, no sólo pronunciando un discurso sometido sino también poniéndose de rodillas y postrándose. Sí, de verdad hablo con el corazón, cuando digo que aquél que accede finalmente a esas oraciones hace que sus favores sean caros.

XIX

Si, de hecho, hubiese sido elegido cónsul por las Asambleas de las Centurias, ¿debería yo haberlo considerado como un honor más grande por haber sido escogido por los votos de todo el populacho? En absoluto, porque incluso en aquellos días el Campo de Marte de antaño estaba lleno de desgracia por la marca de la intriga. La villanía de los oficiales electorales es bien conocida, como las trampas con las urnas electorales, por no mencionar las bandas de mercenarios contratados para aplicar la fuerza o provocar agitación civil. 2 Tampoco, verdaderamente, es posible para alguien considerado juicioso emerger de una muchedumbre de ignorantes. Pues dado que los buenos hombres escasean, y las filas de los

indeseables son enormes, así en el Campo de Marte era el número lo que decantaba la balanza, así que no cabe duda de que por el voto popular la magistratura será entregada a quienquiera que la mayoría prefiera, consistiendo esta mayoría en la suma de los ciudadanos menos valiosos. Este es el motivo por el cual nuestros antepasados fueron testigos de la elección de alguien como Gabinio y el rechazo de un ciudadano tan ilustre como Catón. 3 No obstante, estas son cuestiones de historia: dejadme recordar y traer a mi mente como los honores han sido solicitados en tiempos más recientes. Muy pocos casos conocemos en los que se recibió el oficio por los méritos, e incluso en esos casos la recompensa por su diligencia y honestidad ha llegado tarde. 4 El resto, verdaderamente, recurrieron a los más inmorales de los cortesanos. De tal modo que quienquiera que pareciese disfrutar del favor del Emperador, a través de cualquier ruín intrigar, ellos lo trabajaban con adulaciones continuas y lo aprisionaban con presentes. No solo ellos centraban sus atenciones en los hombres, sino también estaban cultivando meras mujeres: no mujeres sólo, pero también eunucos, que son, por decirlo así, exiliados de la sociedad de la especie humana, sin pertenecer ni a un sexo ni al otro como resultado de alguna anormalidad congénita o mutilación física. Incluso los preclaros representantes de las viejas familias solían adular a las más degradadas e infames criaturas de la corte imperial. 5 Y estos mismos hombres, cuando eran conducidos de regreso con libertad plena de actuación a alguna provincia obtenida como premio, expoliaban a diestro y siniestro, de igual manera lo sagrado que lo profano, pavimentando su camino hacia el consulado con plata.

XX

Más aún, en la actualidad no está a la orden del día ya practicar el más honorable cometido. El servicio militar era rechazado por la nobleza como una magra ocupación, impropia de un hombre libre. El estudio de las leyes, que elevó a hombres como los Manilios, los Escévolas y los Servios a los más altos rangos de dignidad, era despreciado ahora como ocupación válida sólo para los libertos. 2 Nuestra aristocracia miraba con desdén el arte de hablar en público, como una habilidad grandemente dificultosa y poco útil, puesto que todos deseaban dar la apariencia de despreciar lo que habían sido incapaces de adquirir. Y a decir verdad, realizar ese trabajo laborioso lleno de noches sin dormir, con el deseo de adquirir un arte cuyo uso no iba a ser de ayuda para labrarse un camino y hallar una buena colocación en la vida, era considerado como locura. 3 Y así todos los empeños iban dirigidos al amasamiento de riqueza. Pues cuanto más rico era un hombre, así era considerado una mejor persona. Ahora uno puede percibir una despreciable buena voluntad para tolerar la servidumbre, una desconcertante facilidad para la obediencia. Los umbrales de los burócratas de la corte eran asediados a diario. A las puertas de aquellos que gestionaban los deseos imperiales podías encontrar arrogantes descendientes de sangre patricia, inamovibles en su obstinada ocupación; ni por la lluvia o la nieve, ni tampoco incluso por las heridas y el dolor, serían ellos capaces de abandonar su indecorosa postura. Postrados y arrastrándose, a duras penas alzaban sus cabezas por encima del nivel de las rodillas de aquellos a los que suplicaban. Para decirlo todo, ellos debían su promoción no a la estima o amabilidad de los altivos, sino a su compasión.

XXI

Hoy, de cualquier manera, si uno tiene ambición por gobiernos provinciales, tribunados, prefecturas o consulados, no es necesario ya amasar una fortuna por medios permitidos o por medios ilícitos; ni claudicar la libertad propia por entregarse a la adulación. Cuanto más rápido esté dispuesto un hombre a aceptar la servidumbre, más prontamente será juzgado indigno de honor. 2 Lo que es más, ahora un tipo muy diferente de hombres son los que disfrutan de la amistad de nuestro príncipe – toscos (o así se lo parecerán al menos a los sofisticados), no excesivamente dotados de modales finos, de algún modo rústicos en estilo, ellos desdeñan los halagos de los cortesanos, y del contacto con el dinero de otras personas ellos huyen como de una plaga: las mayores riquezas que poseen se pueden encontrar en la opulencia del estado y la resonante gloria de su emperador. 3 Él mismo, por su profunda e inspirada prudencia, está protegido contra todas las tentaciones y engaños de los buscadores de empleos. Ciertamente, ¿cómo puede el falso veneno de la adulación dañar a un hombre que sólo presta un oído reluctante al elogio genuino? 4 Hoy en día el camino es mucho, mucho más fácil para aquéllos que buscan honores públicos. Si deseas, repito, encontrar una magistratura, no hay necesidad de oro y plata, ni de ir de casa en casa, llamando a las puertas de los poderosos, ni de abrazar las rodillas de nadie. Únicamente lleva contigo como compañeras aquellas virtudes que son fáciles y gratuitas de adquirir, justicia, coraje, moderación y sabiduría: de su propia voluntad nuestro grandioso emperador se acercará a ti y sinceramente te exhortará a dedicarte a los asuntos públicos. Sin tener que esforzarte y mientras estás ocupado con otros asuntos, las provincias, las prefecturas, las fascas, la silla

curul, todas las insignias del oficio civil serán ofrecidas a ti. Para resumir, ¿qué honor podrá no prometerse a sí mismo con confianza un hombre de verdadera y completa probidad, cuando me ve a mí, Mamertino, por el parco mérito de mi integridad, señalado para el honor, tres veces en un solo año?

XXII

¿Hay algún dios que en un solo año ha concedido a un único campo una multitud de cosechas? ¿Hay alguien que en una sesión haya acumulado más de un cultivo de la misma tierra recién arada? ¿Quién ha, de un mismo viñedo, en el mismo otoño, visto el vino fluir tres veces de una cosecha de tres partes? Verdaderamente, cada invierno sólo hay una singular recogida de olivas. Pero cuando se trata de la beneficencia de nuestro príncipe, la generosidad repetida dos veces no es ahora algo extraordinario. 2 Sin mencionar a otros eminentemente dignos ciudadanos que, entre un otoño y el siguiente, han recolectado los frutos de muchos años, yo al menos, con la consecución de éste consulado, he logrado una copiosa recompensa tres veces en un solo año. Primero de todo, recibí la custodia de todos los tesoros, junto con la responsabilidad de distribuir largueza. El segundo lugar en mi inventario de honores lo ocupa la Prefectura del Pretorio. La tercera siega a ser unida a mi hacienda es el Consulado, con el cual, entregado en solitario, la ambición de cualquier hombre puede ser sobradamente satisfecha. 3 Mas, cuando un campo es constantemente cultivado su fertilidad declina y se torna yermo: ahora nuestro emperador en su generosidad triunfa sobre este problema; él no se cansa debido a la entrega de honores, sino que más bien encuentra una fecundidad renovada en el otorgamiento de recompensas. Más aún, esta catarata de honores

vertidos sobre mí era algo inesperado y por lo que no albergaba esperanza alguna. 4 Las estrellas apenas se habían movido en sus órbitas cuando el príncipe puso en marcha un segundo curso de dignidad: en el tiempo en el que el sol despedía sus rayos desde el mismo cuarto del cielo que ahora, fue cuando el Augusto pasó por la tercera estada en mi carrera en la magistratura. Os pregunto, ¿No os parecería a vosotros cualquier hombre ser demasiado ávido de vanagloria, ardiendo con una ambición indigna, si hubiese codiciado para sí mismo honores equiparables a estos que simultáneamente ha depositado el Augusto sobre mi cabeza?

XXIII

Existen, según se dice, países en mitad del océano, habitados por los virtuosos, que son llamados las Islas de los Bienaventurados, porque en esos lugares el suelo ofrece cuatro cosechas sin el uso del arado, las laderas de las colinas están revestidas de viñas naturales, los árboles espontáneamente se inclinan doblados por el peso de la fruta, por todas partes en lugar de hierbas se encuentran legumbres y hortalizas. 2 ¿No son éstos regalos miserables, si consideramos que un dios es el autor de todos ellos? Pues nosotros también, sin cultivar los campos con nuestras propias manos, podemos conseguir estos mismos bienes sin esfuerzo. 3 ¡Cuán mejor es nuestra condición! ¡Cuán grande es nuestro gozo y contento! No son éstos favores espigas de grano o humildes montones de uvas, sino poder y riquezas que nos son ofrecidos sin coste alguno: provincias, prefecturas, fasces, todo ello gratuitamente entregado. 4 Habéis sido vos, sí, vos, repito, poderoso Emperador, quien habéis restaurado dentro del Estado las virtudes condenadas a exilio y rechazo. Revistiéndolas, como si fuese así, con sus antiguos privilegios, vos sois el que habéis revivido la carrera olvidada de las artes literarias. Y para el estudio de la filosofía, tan

recientemente bajo sospecha, no sólo privada de honores sino acusada y condenada por prejuicio, vos la habéis liberado no sólo de acusación, sino que la habéis revestido con la púrpura, decorado con oro y piedras preciosas, y sentado sobre el trono imperial. 5 Ahora es posible para la humanidad mirar hacia las regiones celestiales y contemplar las estrellas con mirada confiada, mientras que ayer, sin ir más lejos, inclinados y sin aliento como bestias de cuatro patas, todos mantenían un ojo tembloroso fijado sobre la tierra. ¿Pues quién se atrevería a vislumbrar la salida de una estrella, o del mismo modo su ocaso? Ni tan siquiera los granjeros, cuyo trabajo está regulado por el movimiento de las constelaciones celestes, discernían los presagios de las tormentas. 6 Incluso los marineros, que gobiernan sus rutas nocturnas mediante las estrellas, se abstenían de observar los cielos. Para resumir, por tierra y por mar no era ya la ciencia de la astronomía la que regía nuestras vidas, sino la suerte y el miedo.

XXIV

No es entonces una sorpresa, Emperador, que los ciudadanos sientan por vos tal profunda y verdadera devoción. En mi opinión, nadie, desde que la humanidad existe, ha inspirado tal caluroso afecto en los corazones de la especie humana. 2 Otros reyes y emperadores raramente alcanzaban algún grado de estima, e incluso entonces, nunca durante demasiado tiempo. Este amor tal y como los hombres lo sentían por ellos era de una naturaleza muy superficial, llevado en adelante por alguna súbita y fortuita indulgencia, más que por un firme afecto producido por la admiración de sus virtudes. 3 Pero nuestro afecto, en contraste, deriva de un juicio firme y sopesado: está sólidamente asentado, profundamente dentro de nuestros corazones, parte y parcela de nuestra vida y existencia, e incluso cuando nuestros cuerpos se disuelvan en la muerte, vivirá aún en nuestro espíritu inmortal. 4

Consecuentemente, vuestras armas, y los soldados con espadas y jabalinas no están aquí para proteger vuestra persona, sino como un adjunto dignificado y tradicional a la majestad imperial. Pues, ¿qué necesidad hay de todo esto, cuando vos gozáis de una muralla incluso más segura, el amor de vuestros ciudadanos? 5 ¿Vais a tener miedo de la Curia, cuando no sólo habéis restaurado al Senado a su antigua dignidad sino que además les habéis entregado una multiplicidad de nuevos honores? ¿Vais a tener miedo del pueblo, por el que tanto os habéis esforzado por su subsistencia, protegido sus vidas, garantizado su libertad? Los anales antiguos recuerdan al menos dos o tres pares de amigos. 6 Juro yo que ninguno de ellos ha sido incluso más amado por un solo hombre que vos, Emperador, no sólo por vuestras ayudas de campo y oficiales de estado mayor, sino por las tropas en su totalidad, caballería e infantería, tanto como por los soldados comunes. 7 En cuyo caso, tal y como la situación se plantea, podríais haber retirado instantáneamente todas las armas de vuestra guardia personal. ¿Mas cómo persuadir al ejército para aceptar esta medida? Las peticiones de los fieles son siempre complicadas. El amor más grande es inseparable del miedo más grande. No es suficiente para nosotros el que hayáis conseguido una situación donde nadie desearía haceros daño, a no ser que nosotros tomemos todas las precauciones para hacer dicha cosa imposible.

XXV

Varios otros príncipes han encontrado afecto y devoción fanática en su comitiva, pero de una índole muy diferente. Por este motivo, como ellos mismos eran rudos e incultos, eligieron de entre los más ignorantes de los hombres a aquellos que compartieran sus concilios, como si fuese esta la única manera en la que su propio sentido común pudiese sobresalir de

algún modo entre la muchedumbre vulgar que compone su corte. 2 Y de esta manera los más viles de los hombres, habiendo una vez conseguido honores y riqueza, protegieron tanto sus propios intereses como la inmoralidad de sus príncipes. Hombres de esta calaña relegaron a los virtuosos a algún lugar distante, ya que la probidad era sospechosa y mirada con recelo, y cuanto más honesto pudiese ser un hombre, más era evitado como un inoportuno testigo de la villanía. 3 Pero vos, Augusto, mandasteis lejos a todos los hombres de paja, y buscasteis sólo los mejores y más instruidos. Si alguno descollaba en sus cualidades como luchador o en su reputación militar se unía al círculo de tus amigos, como cualquiera [que siendo] preeminente en las artes oratorias, o en la ciencia, o en la ley civil, es convocado sin más dificultad a tu íntima amistad. 4 Quienquiera que, en la administración de los negocios públicos, ha probado ser en algún momento persona recta y laboriosa, es aceptado como colaborador en asuntos de estado. 5 Porque en los asuntos de gobiernos provinciales, ¡vos las entregáis no a vuestros amigos cercanos, sino a hombres de la mayor integridad! Y todos ellos son dotados en abundancia por vosotros, enriquecidos con bienes y dignificados con honores.

XXVI

Por encima de esto, vos mantenéis vuestras amistades con la fidelidad de un particular, con la opulencia de un emperador. La prueba infalible de un afecto sólido y duradero, la más certera de todas las virtudes y la esencial en un príncipe es la sinceridad. 2 No he escuchado ninguna vez, ni tan siquiera por insinuación, que existan ni las más remotas dudas sobre vos en la mente de nadie. Nunca habéis engañado con falsas lisonjas, nunca habéis faltado a nadie con promesas incumplidas. ¡Quién no recuerda la jovial crueldad, la risotada salvaje de otros emperadores! En estos casos, una

disposición congénita [para hacer daño] y la crueldad estaban escondidas bajo una máscara de buen humor. 3 En nuestro emperador nos maravillamos de la armonía de mente y discurso. Reconoce que mentir no es solo la característica de un espíritu débil y cobarde, sino también un vicio servil. Verdaderamente, puesto que es la pobreza o el miedo lo que hace a los hombres mentir, un emperador que miente ignora el alcance de su fortuna. 4 ¿Quién, yo pregunto, ha ofrecido mas pruebas de buena fe y constancia? Todos aquellos que se convirtieron en sus amigos cuando era un particular los tiene en la misma estima ahora que es emperador: ninguno ha sido degradado, a ninguno le ha denegado el acceso a su persona, ninguno ha encontrado para sí las puertas de palacio cerradas. Los trata a todos como hombres honestos. 5 Al escoger amigos es un juez excelente: si alguien se mostrase imperfecto, él toleraría sus defectos, [como] un perdurable y fiel amigo.

XXVII

Es cierto que las sonrisas de la fortuna transforman los caracteres de los hombres. Si no han transformado aún a nuestro príncipe, ¿cuándo lo harán? ¿Quién ha sido nunca bendito con tal buena suerte? 2 Sólo recientemente, en las devastadas provincias de Galia, rodeado por la hostilidad abierta de sus más mortales enemigos, él estuvo forzado al mismo tiempo a vérselas con emboscadas secretas. Unos pocos meses más tarde, se convirtió en gobernante de Libia, de Europa y de Asia. ¿Qué favores más grandes que éstos puede uno esperar de la mano de dios? ¿Qué regalos más ricos [de parte de] la Fortuna? 3 Dejados ver, ahora, si, hinchado por su éxito, ha cambiado de alguna manera su amabilidad y la simplicidad de su anterior vida. Sí, verdaderamente, inequívocamente, él ha cambiado. Su moderación es ahora incluso más señalada y ha calmado la envidia de su triunfo. 4 ¿A

quién no ha dado una prueba de su calma y temperamento, incluso en el mismo momento que, viendo al Estado liberado del miedo de una desastrosa guerra, todos nosotros dábamos rienda suelta a salvajes accesos de alegría? 5 Para nuestro emperador, aunque fue consciente de que la seguridad del Estado fue mantenida solo con asistencia divina, aún sintió lástima de la fragilidad humana, y perdonando todas las ofensas, desempeñó el verdadero papel de un hermano: A ese mismo hombre que sabía había tomado las armas contra él, a este mismo lo rodeó de honores en su muerte y más tarde le mostró sus respetos por última vez en persona. Igualmente admirable en los actos de recordar y olvidar, olvidó su enemistad y recordó solamente sus obligaciones como heredero.

XXVIII

¿Pero por qué busco tan lejos para encontrar evidencias de su naturaleza gentil y llena de cortesía? Hoy, en este mismo día, repito, en este mismo día, ha dejado una prueba suficientemente clara de su moderación. 2 Mi colega y yo teníamos miedo, debido a que nuestro noble emperador fuese demasiado lejos en su deseo de demostrar su carácter cortés. 3 Así que nosotros salimos en dirección a palacio con el despuntar del amanecer. Nuestra llegada fue anunciada al príncipe justo en el momento en el que está recibiendo los saludos de sus cortesanos. Instantáneamente, como si anticipase nuestra llegada, él saltó de su trono con una expresión ansiosa y preocupada, tal y como la que yo hubiese lucido en mi rostro si hubiese arribado tarde a la hora de presentarme al príncipe. 4 Con dificultad, él se hizo camino a través de la gran muchedumbre que nos precedía, causándole así la necesidad de una gran caminata el poder encontrarse con nosotros. Y entonces, ¡oh sagrada divinidad!, en medio de unánime regocijo, con qué expresión y qué voz el dijo: “Que te vaya bien, eminente cónsul”. Él

designó honrarnos con un beso de esos labios santificados por el contacto con los dioses, y nos ofreció su mano derecha, esa mano, prenda inmortal de virtud y lealtad. 5 Los poetas nos dicen que la suprema deidad que tiene el mundo en su poder, y cuya eterna autoridad rige los asuntos de dioses y hombres, cuando dirige sus ojos hacia abajo y mira a la tierra puede, por la sola expresión de su rostro, cambiar el curso incierto de las tempestades, con un gesto de negación hacer temblar al mundo, con una sonrisa disolver los remolinos, disipar las nubes, esparcir de nuevo entorno al globo la brillantez de un cielo sereno.

XXIX

Esto fue lo que nuestros ojos fueron permitidos a percibir sólo hace unas horas. ¡Cómo el pueblo se abandonó a las celebraciones una vez que tú sonreíste a tus cónsules! 2 Contemplamos caras aderezadas con expresiones de asombro y admiración, regocijo manifestado en todas sus formas, la llegada apelmazada de la muchedumbre. Desde el corazón de la multitud surge un confuso clamor, mientras dan rienda suelta a sus aclamaciones. Toda la vasta concentración de gente bailaba y bailaba, saltando de gozo. Entre la general alegría, todo sentido del decoro y corrección fue olvidado. Allí se encrespó una gran agitación de togas, y una gran animación de cuerpos, ya que la gente a duras penas era consciente de donde estaban y en qué tomaban parte. 3 Un entusiasmo irreprimido sobrepasó la moderación natural de la gente, con el respeto debido a ti mismo. “Que te vaya bien, eminente cónsul”. Sí, verdaderamente me va bien, emperador, y me irá bien. Porque no puede haber dudas acerca del desenlace de este voto, puesto que me vaya bien es ineludible para quien de antemano ha logrado que con toda seguridad sea así. “Eminente cónsul”. Sí, por supuesto, yo soy un cónsul, y uno eminente. ¿Ha habido alguna vez un cónsul más eminente

que yo, exaltado y llevado a la primera plana de la actualidad por el consulado que me habéis concedido y la distinción que me habéis otorgado? 4 Después de los saludos iniciales y los buenos deseos, se interesó el emperador en qué acción nos proponíamos realizar como consecuencia e inicio de nuestro poder consular, si, en el fin de nuestros deberes senatoriales, deberíamos disponer el ir antes al tribunal o convocar la asamblea o subir al *rostrum*. Pero fue hacia la Curia a donde los decretos del Senado nos dirigieron, siguiendo la práctica establecida en nuestros tiempos. 5 Lo que es más, todavía, se ofreció para acompañarnos él mismo, y así, flanqueado a ambos lados por sus cónsules ataviados con la toga *praetextata*, él procedió a marchar adelante, siendo distinguido con dificultad de los magistrados por la semejanza en naturaleza y color de sus vestimentas.

XXX

Quizás pueda parecer superfluo recordar eventos que vosotros mismos habéis visto (pues los oídos no tienen ningún deseo de conocer lo que los ojos han percibido ya), sin embargo es esencial encomendarse a escribir, para grabar en historias, legar a las generaciones futuras las maravillas que aquellos en las centurias por venir podrán creer a duras penas. 2 Estaba él a punto de ordenar que las sillas consulares fueran transportadas dentro de las mismas puertas de palacio, y, cuando, obediente a un sentimiento de respeto y veneración por su persona, rechazamos el asiento reservado para la más alta dignidad, él nos obligó, casi con sus propias manos, a ocupar nuestros lugares y después, rodeado por la multitud de ciudadanos en togas, él se puso en camino para precedernos a pie, ajustando su paso más o menos a las señales del lictor y las órdenes del convocador. 3 ¿Podrá alguien creer tal cosa posible, los que han contemplado tan recientemente

la altanería de aquéllos que llevaban la púrpura? Aquellos que por esa misma razón colmaban con tales privilegios a sus propios cortesanos para no tener que despreciarlos como hombres sin honores. ¿Creerá alguien que después de un periodo de tiempo tan largo, la vieja libertad de los días antiguos ha sido devuelta al Estado? Incluso el consulado de Lucio Bruto y Publio Valerio, quienes después de la expulsión de los reyes, fueron los primeros en gobernar la ciudad con una autoridad anual, no deberían, a mi juicio, ser elevados por encima de nosotros. Ambos beneficiosos para el bienestar público, ambos ventajosos para la República Romana, ambos un elogiado signo de los tiempos mejores por venir; sin embargo cada uno posee una singular y diferencial ventaja. Ellos recibieron el poder consular del pueblo, nosotros hemos recibido el nuestro de las manos de Juliano. En el año de su consulado, la libertad nació, en el nuestro ha sido restaurada.

XXXI

Puede ser, reverenciado Emperador, que tus actos de justicia, moderación y amabilidad sean fuente de profundo asombro para algunos; no lo son para mí, pues sé que, inmaculado y libre como vos sois de todos los vicios humanos, estáis consumido sólo por el deseo de inmortalidad, para dirigir todas vuestras empresas y pensamientos de modo y manera que dejen un recuerdo perenne para la posteridad y para presentaros a vos mismo el primero de todos a aquellos jueces que, en siglos venideros, dictarán un veredicto sobre vuestras hazañas sin prejuicios o favoritismo. 2 No es posible para un hombre cuando es sujeto de habladurías pensar de forma despreciable y desdeñable. 3 Y ahora si mi discurso, Emperador, os parece falto en riqueza y corto en cuanto a vuestros méritos, ruego y suplico que no lo atribuyáis a mi habilidad personal [o falta de ella], sino más bien a la

abrumadora magnificencia de vuestros regalos. 4 Nadie, nadie desde el principio de la especie humana ha recibido más grandes recompensas de las manos de reyes o emperadores, nadie ha tenido una carga más pesada impuesta sobre sí. 5 No negaré que las prefecturas y consulados que otras veces han sido concedidos a muchos, en esos casos, después del inmenso gasto de trabajo, el honor era casi, como lo era en verdad, la reparación de una deuda: en mi caso lo que sucede ahora es que he obtenido el honor ya, y al menos debo trabajar ahora para merecerlo. Invertido está así el orden normal de los hechos, cambiadas verdaderamente la secuencia de recompensas: es sólo ahora, cuando ya he recibido el premio, cuando debo comportarme adecuadamente para ser juzgado digno de él. 6 ¡Oh, qué carga agobiante para mí es vuestra gran benevolencia! Tengo miedo de no poder explicar capazmente y con claridad la magnitud de mis problemas. Es más fácil, Emperador, ganar el consulado a través de un meritorio comportamiento, que tener éxito, con esfuerzo y gratitud, en percibir el nombramiento que uno ostenta ya.

XXXII

¡Que perezca el pensamiento, Augusto –y que la divinidad sagrada evite el presagio- de que esperes de algún mortal una respuesta idéntica a tu beneficencia! No obstante, puesto que es en ese ámbito en el único donde tu posición puede ser acrecentada o en la que podemos contribuir a tu esplendor, yo devolveré el renombre inmortal de tus presentes con fidelidad eterna. 2 Todo mi trabajo, todo mi ocio, será empleado en celebrar vuestras gestas; no será solo mientras yo tenga vida y fuerza en el que el afecto de un corazón agradecido se manifestará por si mismo, sino que incluso cuando el aliento de la vida haya expirado, la evidencia de tu amabilidad hacia mí perdurará. Así que, en orden de transmitir mi agradecimiento

hacia vos, reverenciado Emperador, os hago una promesa, una promesa que siempre cumpliré: nunca se me encontrará falto de la libertad suficiente para ofrecer consejo, ni de la valentía para cargar con el peligro, si la ocasión lo determinase, ni en la lealtad pedida para ofrecer honrado aviso, ni en la independencia requerida para oponerse a los deseos de los hombres, si los intereses del estado o los vuestros lo demandan, ni en el trabajo para cumplir mis tareas, ni en un deseo celoso inspirado por la gratitud, de aumentar la prosperidad de vuestro imperio. A través de la dirección entera de mi propia vida, me esforzaré por todos los medios, con toda mi fuerza y a través de cada obstáculo, para probar que los honores que me habéis otorgado no fueron un favor concedido por una cuestión de necesidad al primero en llegar, sino que fueron, mediante un sentido de la idoneidad, apropiadamente asignados y sabiamente escogidos.

COMENTARIO

Este panegírico confeccionado por Mamertino no difiere demasiado de los demás ejemplares de este género conservados en las colecciones latinas; es más, incluso semejanzas muy latentes se pueden establecer con sus contemporáneos en lengua griega, especialmente los escritos por Libanio o Temistio. En cambio, en esta ocasión llama la atención de que Mamertino se centra principalmente en los logros de Juliano en política interior y especialmente en la administración de las provincias, otorgando muy poco tiempo para repasar someramente los éxitos militares de Juliano, que a priori se podían considerar como uno de los argumentos estrella de un panegírico de este tipo. Como se puede apreciar claramente, este panegírico sufrió una reelaboración posterior, pues hubiese sido imposible que en el original Mamertino relatase sucesos recientes que les habían ocurrido a Nevitta y a él escasas horas antes. No obstante, la reedición no alteró este

orden en la importancia de las materias y se limitó a incluir para la posteridad lo acontecido en la capital imperial de Oriente en esa misma mañana en la que los cónsules tomaron posesión.

En cuanto a los sucesos que llevaron a la proclamación de Juliano por los soldados, como es comprensible Mamertino mantiene un completo silencio; en cambio justifica el comienzo de la guerra contra Constancio asociando el comienzo de la rebelión a una invasión masiva de alamanes que el Augusto habría maquinado con la envidia como único motivo. Es fácilmente discernible que tal explicación resulta endeble, y por lo tanto no pensamos que lo pronunciado aquí estuviese destinado a convertirse en la *versión oficial* defendida por el nuevo régimen. Por lo demás, se puede comprobar como el autor mantiene un cierto tono respetuoso con la memoria del difunto Constancio y que siempre utiliza el término “hermano” (en concreto dos veces) para definir su relación de parentesco con Juliano.

Un punto muy curioso del discurso resulta la breve y particular galería de usurpadores que Mamertino saca a colación para comparar la deformada apreciación del poder por parte de estos seres con los rectos principios que, según él, regían el reinado de Juliano; se menciona a Nepociano y a Silvano, lo que no deja de ser chocante porque el primero de ellos no dejaba de ser un miembro de la familia imperial, y por lo tanto un pariente lejano del propio Juliano, por mucho que él se sintiese alejado de su tío Constantino. En cuanto al militar franco, nuevamente comprobamos como siete años después de su muerte aún no se había limpiado su memoria y es tratado de forma que podría calificarse incluso de injusta, pues debería ser ya de todos conocido por aquel entonces que Silvano se vio obligado a

proclamarse Augusto por circunstancias ajenas a su control y en un intento desesperado por salvar su vida.

Se puede comprobar, por otra parte, cuál era la ideología del poder reinante en la Antigüedad Tardía, y que pese al intento de establecer ciertas tendencias filosóficas y platónicas en el trono por parte de Juliano, el pensamiento político que se ofrece en este panegírico sigue dominado por el absolutismo más completo; por dos veces se critica notoriamente el sistema republicano que se hundió con la llegada del Principado: en la primera ocasión se saca a colación la divertida anécdota entre Marco Licinio Craso y su suegro Quinto Mucio Escévola, que ridiculiza el carácter venal y frívolo de los comicios electorales de aquellos tiempos, y en la segunda ocasión Mamertino se lamenta amargamente del caos, la corrupción y la violencia que podían desatar en los días de las votaciones los grandes agitadores revolucionarios como César o Sila; los sobornos, mercenarios y grupos de matones por doquier propiciaron la elección de un hombre despreciable como Gabinio, mientras el íntegro Catón salió derrotado pese a jugarse la vida en innumerables ocasiones durante esos años frente a los secuaces de los líderes del Triunvirato (es muy posible que con esta anécdota el autor persiga un doble propósito: resaltar las flaquezas del sistema anterior y sacar a colación a uno de los personajes históricos favoritos de Juliano, Marco Porcio Catón).

Por último, cabe destacar como en ocasiones se ofrecía una visión del estado de las cosas durante la monarquía de Constancio que de tan desfavorable llegaba a alterar la verdad; es indiscutible que la imagen de Atenas presentada por Mamertino era falsa, pues la ciudad siguió siendo un núcleo perfectamente vivo e importante de estudios retóricos y filosóficos hasta el mismo siglo VI. El ingrediente en esta ocasión parece que no se

propone tanto deformatar la verdad como resaltar la “resurrección” por parte de Juliano de los estudios literarios y filosóficos, aparte por supuesto de la reactivación del culto a los dioses, que por el contrario no es mencionado en ningún punto del discurso con excesiva claridad. Ese mismo deseo de agradar a Juliano hace a Mamertino entonar un encomio de Grecia (no sabemos si muy sincero o no) y utilizar en algunas ocasiones nombres, especialmente topónimos griegos, sustituyendo a los latinos que para él eran los propios como aristócrata galo (es notable que para referirse a África usa el término griego Libia).

Para obtener más detalles acerca de la edición que hemos utilizado para verter esta traducción al español, véase el capítulo “Fuentes de nuestro periodo”, en la sección dedicada a Mamertino.